
LA ACTUALIDAD DE LOS CLASICOS Y LAS TEORIAS DEL COMPORTAMIENTO COLECTIVO

Enrique Laraña
Universidad Complutense de Madrid*

LAS TEORIAS CLASICAS

La primera cuestión que se plantea en este trabajo consiste en precisar qué entendemos por una teoría «clásica» en sociología. Una difundida acepción del término es temporal y alude a aquellos supuestos de interpretación que se establecieron en un período anterior en la historia de las sociedades. Lo «clásico» tiende a contraponerse a lo «moderno» y esa distinción suele llevar consigo un juicio de valor sobre su adecuación a la realidad social: mientras que lo segundo es aplicable al presente, lo primero pertenece al pasado y ha quedado obsoleto. En el campo de los movimientos sociales hay varios modelos teóricos, como los de la privación relativa y de la frustración-agresión, para los que se reclama el estatuto de «clásico» porque han precedido en el tiempo a las teorías más difundidas actualmente.

Esa acepción de lo clásico se articula en una concepción de la modernidad que ha prevalecido en las ciencias sociales y se caracteriza por la identidad que tiende a establecer entre los procesos de modernización y el progreso de la sociedad occidental (Bury, 1971; Touraine, 1993, 1995). No está claro hasta qué punto esa concepción de la modernidad ha calado en la cultura de estas

* Este trabajo ha sido posible gracias a un proyecto de investigación sobre los movimientos sociales en España financiado por la DGICYT.

sociedades, si bien la distancia que suele haber entre los postulados de la ciencia y los marcos interpretativos que configuran el sentido común de las personas induce a desconfiar de que haya sido así. La cuestión estaría mejor planteada si se centrara en los grupos sociales en los que eso haya podido tener lugar. Pero parece más correcto pensar que, en lugar de deber su difusión a estar arraigada en la cultura de las sociedades occidentales, la concepción historicista de la modernidad tiene uno de sus pilares en la centralidad de algunos supuestos teóricos en las ciencias sociales, como el que parte del contraste entre «comunidad» y «sociedad». La contraposición entre ambas formaciones sociales ha sido uno de los ejes básicos para explicar los procesos de modernización social. La necesidad de revisar ese supuesto para interpretar correctamente lo que acontece en la fase de «modernización reflexiva» en que se encuentran las sociedades occidentales es un supuesto central en algunos trabajos contemporáneos sobre este tema (Beck, 1992; Giddens, 1990, 1994). Como se expone más adelante, lo mismo sucede respecto a la vigencia de esos conceptos empleados en el análisis de los movimientos sociales. Todo ello conduce a cuestionar el significado del concepto «clásico» antes expuesto.

El interés por las teorías clásicas en las que se centra este trabajo responde a una concepción diferente, que también ha sido empleada en la literatura sociológica. Un obra «clásica» no es la que ha perdido vigencia y validez, sino aquella que conserva estos atributos porque algunos de sus supuestos siguen siendo aplicables a la realidad social e iluminan el camino para su investigación. Por regla general, la utilidad de esas teorías clásicas es consecuencia de su síntesis con supuestos procedentes de otras recientes, de su fusión con lo «moderno» y del legado que éste recibe de lo «clásico».

La relación entre lo clásico y lo moderno con frecuencia se plantea con unas tensiones y una ambivalencia que la convierten en un proceso dialéctico: para construir nuevos significados y formas de reflejar la realidad, lo moderno se apoya en lo clásico al tiempo que lo cuestiona. Esa dinámica de atracción-repulsión ha sido considerada como la fuente del impulso creador de los movimientos modernistas en las artes (Paz, 1967; Bell, 1977). Un ejemplo de obra clásica en el cine es la producida por directores como John Ford o Alfred Hitchcock porque sus películas siguen siendo objeto de especial atención y estudio por aficionados y profesionales en ese arte contemporáneo, y su influencia persiste en los estilos narrativos y supuestos de trabajo de los segundos. Lo clásico adquiere así un significado distinto que, en lugar de basarse en su contraposición a lo moderno, enfatiza la continuidad y recíproca influencia existente entre obras de arte, modelos científicos o movimientos sociales y culturales. Esta imagen de las relaciones entre lo clásico y lo moderno es característica de la postmodernidad, o de la crítica de la modernidad.

Entre las teorías sobre movimientos sociales, destacan dos que parecen reunir las características de las clásicas, y responden a la denominación común de «teoría del comportamiento colectivo». Sin embargo, bajo ella encontramos dos enfoques claramente diferenciados en sus supuestos de interpretación y su

concepción del orden social: el que surge dentro de la tradición estructural-funcionalista —que es el más conocido en España y cuyos más destacados representantes son Smelser (1963), Parsons (1962) y Eisenstadt (1956, 1972)— y el vinculado al interaccionismo simbólico, que tiene su origen en Robert Park (1939, 1972; Park y Burgess, 1924) y la Escuela de Chicago.

Un argumento central de este trabajo consiste en afirmar que el enfoque interaccionista es el que sigue siendo un «clásico» para el estudio de los movimientos sociales en el sentido que acabo de exponer. Dado que fueron desarrolladas hace décadas, las dos son teorías «clásicas», según la acepción historicista del término antes citada, pero sólo una de ellas conserva parte de su vigencia en la actualidad y su influencia persiste en la literatura contemporánea sobre movimientos sociales¹. Una idea inicial en este sentido ha sido formulada por Joseph Gusfield (1994) y afirma que en esta década se ha producido el resurgimiento de la concepción de los movimientos sociales propia de dicha aproximación al comportamiento colectivo, lo cual se pone de manifiesto en su interpretación como instancias generadoras de marcos de referencia (Snow y Benford, 1988, 1992; Snow *et al.*, 1986; Hunt, Snow y Benford, 1994). Mi contribución al desarrollo de esa idea intenta mostrar que esa concepción clásica está resurgiendo también en la otra aproximación constructivista con mayor influencia en el estudio de los movimientos sociales, vinculada a Alberto Melucci. Por razones de espacio, esta tarea debe remitirse a una publicación posterior, y este artículo se ocupa de desarrollar la primera idea y analizar las razones por las que el enfoque interaccionista del comportamiento colectivo persiste como un «clásico» en el estudio de los movimientos sociales. Esa idea no choca con otra que plantea la necesidad de revisar algunos de sus supuestos, como los que hacen referencia a la continuidad de los movimientos que he analizado en otro lugar (Laraña, 1994a). Dicha revisión no cuestionaría su condición de modelo clásico y es congruente con la evolución que ha seguido esta aproximación en los últimos años. Parte de su vigencia actual se deriva de la capacidad de este modelo para revisar sus supuestos iniciales y adaptarlos a los cambios que se están produciendo en la sociedad occidental y en los movimientos que surgen en ella, lo cual se ha considerado un requisito general para todo desarrollo científico (Cicourel, 1982).

Mi argumento es que los sociólogos que trabajan desde estos enfoques clásicos y contemporáneos comparten supuestos afines sobre la naturaleza de los movimientos sociales y un énfasis común en los procesos de definición colectiva de las situaciones y problemas sociales que los motivan. Las raíces teóricas de esos supuestos convergentes se encuentran en la tradición del interaccionismo simbólico, y especialmente en la obra de Robert Park (1939, 1972; Park y Burgess, 1924), Herbert Blumer (1971) y Erving Goffman (1986 [1974], 1959). Sin embargo, el reconocimiento de esa influencia sólo es explícito en el

¹ Por esta razón, cuando se hace referencia a la teoría del «comportamiento colectivo», sin otra especificación, en este trabajo se alude al enfoque interaccionista.

actual enfoque de los marcos de acción colectiva (Snow *et al.*, 1986; Snow y Benford, 1988, 1992) y permanece latente en el centrado en los procesos de construcción de las identidades colectivas. Ello está relacionado con los vínculos institucionales que subyacen a los supuestos teóricos en sociología, y con la distancia, tanto física como entre sus respectivas tradiciones teóricas, que ha existido entre estos dos enfoques constructivistas (Johnston, Laraña y Gusfield, 1994).

Esos supuestos comunes de los enfoques citados han facilitado un proceso de convergencia teórica cuyo resultado es una perspectiva de singular interés para el estudio de los movimientos sociales. Este argumento es congruente con el principio de relativismo científico que cuestiona la posibilidad de que un modelo contenga el enfoque definitivo para la investigación en este campo (Gusfield, 1994); en otro lugar, he intentado mostrar que ese proceso de convergencia teórica también se está produciendo en las orientaciones europea y norteamericana de la construcción social (Laraña, 1994*b*).

Al destacar aquí la continuidad entre esas perspectivas y la del comportamiento colectivo, mi objetivo no sólo es defender la vigencia de ciertos autores y supuestos clásicos, sino exponer las razones en que se funda la afirmación anterior, y señalar el camino que considero más adecuado para la investigación de los movimientos sociales. Soy de los que creen que la construcción teórica en este campo hoy no puede realizarse sin reconocer la influencia de los clásicos y que ello enriquece a los modelos contemporáneos porque contribuye al conocimiento de sus orígenes. El enfoque de los marcos de acción colectiva, que en la actualidad informa parte de la investigación de los movimientos (Tarrow, 1994; McAdam, McCarthy y Zald, 1995), no podría haberse desarrollado sin la base teórica que le ha brindado lo que aquí se designa como «tradición interaccionista» —término con el que aquí se alude de forma genérica a las orientaciones teóricas del interaccionismo simbólico y la sociología cognitiva.

LA SOCIEDAD DE MASAS

El enfoque del comportamiento colectivo responde a una concepción pluralista de la sociedad en la que se asume que hay una distribución uniforme del poder y todos los grupos tienen posibilidad de canalizar sus expectativas y demandas a través de las instituciones políticas existentes (McAdam, 1982). Ese modelo pluralista tiene su base en una imagen de la sociedad moderna como un sistema de organización claramente diferenciado del que existe en otras, como la de masas y la totalitaria. Dicha diferenciación tiene sus raíces en las formas de participación de los ciudadanos en la vida social analizadas en la teoría del cambio social inicialmente formulada por Durkheim (1985), que fue desarrollada desde la orientación conocida como «crítica democrática de la sociedad de masas» (Kornhauser, 1969; Arendt, 1973; Lederer, 1940). La

sociedad pluralista se diferencia de la de masas en la proliferación y el vigor de unos grupos secundarios cuya principal misión consiste en canalizar la participación social y hacerla más eficaz. En una de las obras que más han influido en el desarrollo de esta perspectiva, *La política en la sociedad de masas* (Kornhauser, 1969), se formuló una influyente interpretación sociológica de algo incomprendible para la opinión pública durante los años cincuenta: el surgimiento de los movimientos totalitarios en países avanzados de Europa durante la primera mitad del siglo. El esfuerzo por encontrar respuestas a esa cuestión ha contribuido mucho al desarrollo de la investigación en este campo, en gran parte debido al papel decisivo que desempeñaron estos movimientos en el estallido de la guerra más destructiva de la Historia (Hobsbawm, 1995). Ello ilustra la relación que suele haber entre los hechos y las teorías explicativas de los movimientos sociales, y muestra la influencia que tienen las circunstancias históricas en las que viven los sociólogos en los modelos que emplean para interpretar los hechos sociales. Melucci (1989) ha conceptualizado estas relaciones entre hechos y teorías al referirse al carácter «históricamente construido» de las teorías sociológicas.

Las teorías del comportamiento colectivo y la sociedad de masas siguen supuestos afines, algunos de los cuales conservan su utilidad para aproximarse a los movimientos contemporáneos debido a su énfasis en unas características de las sociedades modernas que hoy siguen siendo importantes en su estudio². La preocupación por los procesos de desidentificación que trae consigo la transformación de la sociedad tradicional es un tema central en la teoría de la sociedad de masas que desarrollaron sociólogos como Hanna Arendt, Erich Fromm, William Kornhauser, Karl Mannheim, C. Wright Mills, Robert Nisbet y David Selznick. Ese tema sigue vigente y tiene singular interés para algunos sociólogos contemporáneos que estudian los movimientos sociales y las consecuencias negativas de la modernización. La pérdida del significado que antes tenían conceptos sociológicos como «familia», «clase social» y «comunidad» en las sociedades de masas fue una anticipación de ese tema. Ese fenómeno se consideraba entonces consecuencia de un proceso de transformación de estas sociedades, cuyo rasgo principal es la desaparición o la creciente inoperancia de los grupos que median entre el individuo y el Estado, y la emergencia de masas amorfas como principal forma de agrupamiento y de participación en la vida social.

Una idea central desde esa perspectiva consiste en que las sociedades modernas contienen en su seno tendencias contrarias al orden democrático, que se manifiestan en la predisposición a desarrollar características de la sociedad de masas a no ser que haya fuertes tendencias en contra (Kornhauser [1959], 1969). La distinción fundamental se establece entre tendencias o fuerzas de masas y pluralistas, y la premisa central de este enfoque es que el vigor de las instituciones democráticas depende de la configuración de la estructura

² Desde hace tiempo vengo trabajando con algunos de esos supuestos en el análisis de los conflictos sociales y la cultura política en la España de hoy (Laraña, 1986, 1987).

social en cada país. El concepto «masa» se contrapone al de clase social y sirve para designar a grandes cantidades de personas no integradas en una forma de agrupamiento social (Kornhauser, 1959). Veinte años antes, Park habría contribuido a esa definición al destacar la procedencia de cualquier estrato social de los individuos que forman parte de una masa, su carácter anónimo, la escasa interacción entre ellos y la difusa organización de las masas (1939: 242). Para ambos, esas características de las masas están asociadas a su comportamiento «divergente» respecto a las normas y procesos de integración social.

La diferencia decisiva se da entre el comportamiento de las personas que forman parte de una masa y el de aquellos que participan en grupos independientes, y en los cambios que suelen producirse en sus relaciones con los demás y con otros grupos. Estas relaciones ejercen una influencia decisiva en su receptividad o resistencia a ideas o movimientos de que tienden a socavar el sistema de libertades de una sociedad moderna. La preservación de los valores en que se funda ese sistema depende de la fuerza y presencia de unos grupos que actúan como baluartes de esos valores. En este punto se bifurcan dos enfoques diferentes que parten de esos supuestos comunes: estos grupos son élites que deben ser protegidas contra la dominación de las masas para la tradición aristocrática, y grupos independientes en los que se articula la organización social para la teoría democrática³.

Según esta última, la sociedad moderna no necesita élites para defender su sistema de libertades, sino grupos independientes fuertes. La principal característica de la sociedad de masas no es la brutalidad o la torpeza de éstas, sino el aislamiento de los individuos en los grupos primarios y la naturaleza de las relaciones sociales que establecen entre sí. El comportamiento de masa se da tanto en individuos con estatus social alto como en clases bajas, y los movimientos de masas en Europa atrajeron una variedad de individuos de gran cultura (Arendt, 1973). Para este enfoque, el problema fundamental estriba en la posibilidad de surgimiento de otras élites que sigan el modelo nazi o bolchevique, lo cual es mucho más probable que suceda en una sociedad que se caracteriza por la atomización y centralización de las relaciones sociales, donde los individuos están vinculados entre sí sólo por su relación con una autoridad común, institucionalizada en el Estado. Por el contrario, en una sociedad pluralista los individuos se relacionan entre sí a través de una variedad de grupos independientes, que tienen suficiente fuerza como para actuar de eslabones

³ Los críticos aristocráticos de la sociedad de masas expresaron un fuerte pesimismo respecto a las consecuencias de los cambios que se producen en la sociedad moderna y la creciente participación de las masas en las decisiones más importantes. Esta aproximación representó una reacción ante los cambios revolucionarios que se estaban produciendo en la sociedad europea durante el siglo XIX y se ha centrado en la defensa intelectual de los valores sustentados por las élites. Entre sus más destacados representantes están Ortega y Gasset, Le Bon, Mannheim. La pérdida de las bases morales que antes sustentaban las élites suscita la posibilidad de caer en la tiranía política o en la decadencia cultural. La crítica democrática a la sociedad de masas surge como reacción a los movimientos totalitarios que se están produciendo en Europa durante el siglo XX ante las desastrosas consecuencias de los conflictos bélicos que éstos desencadenan.

entre el individuo y los grupos primarios y el Estado. La debilidad o ausencia de esos grupos es el rasgo estructural que distingue a la sociedad de masas de la pluralista. Esa situación tiene efectos de carácter cognitivo, ya que deja a los individuos sin recursos para situar los acontecimientos, sin marcos de referencia para tomar posiciones respecto a los acontecimientos o decisiones que tienen interés colectivo (Kornhauser, 1969).

La teoría de la sociedad de masas tiene un observable empírico fundamental en el concepto «comportamiento de masa», una de cuyas primeras características se refiere a algunos aspectos cognitivos de la acción (Laraña, 1986) como los que hoy centran parte de la atención de las perspectivas constructivistas. Lo mismo puede decirse respecto a la importancia que la primera teoría confiere al lugar donde se sitúa el foco de atención de las personas y su relación con la vida cotidiana, aspecto que hemos tratado en un trabajo reciente sobre los nuevos movimientos sociales (Johnston, Laraña y Gusfield, 1994). Desde dicha perspectiva clásica, ese foco de atención en la sociedad de masas está muy alejado de su experiencia personal, y se fija en objetos distantes como conflictos o hechos de ámbito nacional e internacional, «los símbolos abstractos y todo aquello que se conoce sólo a través de los medios de comunicación de masas» (Kornhauser, 1969). Esa clase de preocupación suele carecer de la precisión, independencia, sentido de la realidad y responsabilidad que se atribuye a la preocupación por objetos próximos, como la familia, las transacciones comerciales, los amigos o el sindicato. El sentido de realidad y responsabilidad de las personas disminuye a medida en que se distancia su objeto de preocupación. En esos casos aumenta la capacidad de ser sugestionadas por líderes y discursos demagógicos que apelan a esos «objetos remotos», y para ser movilizadas por los primeros.

En este punto se pone de relieve la conexión de esta teoría con la del comportamiento colectivo, para la cual la capacidad de sugestión individual y la irritabilidad son características de situaciones de malestar social en que surgen las distintas formas de comportamiento colectivo (Park, 1939: 227). Este último establece una relación entre la lejanía del objeto de atención de las personas que participan en ellas y su carácter no regulado y espontáneo. Puesto que ese objeto se sitúa fuera de las culturas y los grupos locales, no puede definirse o explicarse desde los marcos de significados y las normas sociales que operan en estos grupos, sino que se desplaza a un «universo más amplio» que no es cubierto o definido por esos significados.

Pero no toda preocupación por objetos «remotos» genera comportamiento de masa, sólo cuando se traduce en reacciones directas y activistas. Otra característica del comportamiento de masa es la tendencia a recurrir a la fuerza para resolver conflictos; ese supuesto ha sido especialmente aplicado a los movimientos fascistas y su empleo de la violencia contra la oposición (Duverger, 1972). Pero esa tendencia no es exclusiva de estos movimientos ya que está vinculada a un marco de acción más amplio, que define la relación entre los medios y los fines en los movimientos totalitarios, lo cual incluye a los de ideología comunista (Arendt, 1951; Furet, 1995).

La teoría de la sociedad de masas no sólo analiza la incidencia de los cambios estructurales en la formación de la opinión pública, y el surgimiento de «públicos» que carecen de otras fuentes de información que los *mass media*. También extiende ese análisis al de los sentimientos de la población: en una sociedad de masas predominan los de alineación y ansiedad como consecuencia de la forma en que se estructura la sociedad. Para explicar esos sentimientos, esta teoría sigue la lógica de interpretación prevaleciente en sociología: las transformaciones estructurales se consideran la causa de los cambios que se producen en la cultura, los valores y sentimientos de la población, al igual que de sus formas de acción colectiva. En la sociedad de masas, esos cambios generan serios problemas de integración social, que se manifiestan individualmente como «desorganización personal» y tendencia al comportamiento de masa. Ello implica la disponibilidad de los individuos para ser movilizadas por programas totalitarios y seguir pautas extremistas que persiguen abrogar los procedimientos democráticos empleando la violencia (Gusfield, 1962; Kornhauser, 1969; Arendt, 1951). La crisis de unas estructuras esenciales para articular la participación en la vida social genera problemas psicológicos a las personas que viven la sociedad de masas, las cuales se manifiestan en la tendencia a desarrollar adhesiones incondicionales y fanáticas a líderes que formulan discursos demagógicos sobre la forma de recuperar una mítica comunidad tradicional. El individuo siente que forma parte de algo sólo cuando participa en un movimiento de masas.

Una de las razones que explican el interés que mantiene esta teoría en la actualidad radica en el significado que atribuye a la participación en la vida social, el cual se fundamenta en un concepto ampliado de la misma que incluye aspectos de carácter estructural y cultural. Esta perspectiva enfatiza las implicaciones psicosociológicas de la participación en la vida social y no se limita a aplicar la teoría de los grupos secundarios desde una perspectiva exclusivamente centrada en sus dimensiones políticas. Esa aproximación fue ampliada por el enfoque interaccionista en algunos trabajos publicados en los años sesenta, que se anticiparon a ideas recientes de las teorías constructivistas sobre los nuevos movimientos sociales, como los trabajos de Orrin Klapp (1968) y Ralph Turner (1969, 1994). El primero analizó la importancia de los problemas de identidad individual en la formación de los movimientos sociales, a consecuencia del empobrecimiento de la interacción social que generan los procesos de racionalización de la sociedad y la formación de una sociedad de masas; el segundo destacó el surgimiento de esas cuestiones en la formación de los movimientos de la Nueva Izquierda en los años sesenta, que explicaba como resultado de una nueva utopía existencial que actualizaba el modelo clásico de Mannheim (1936).

Esta expansión del significado de los procesos de participación social a aspectos subjetivos de la conducta y la personalidad individual mantiene su vigencia y utilidad para interpretar lo que acontece en las sociedades occidentales, donde los problemas de identidad adquieren singular prominencia. Un análisis convergente con estos supuestos ha sido formulado en la teoría de la «desdiferenciación de la esfera política», que forma parte de un influyente trabajo sobre las consecuencias

no previstas de la modernización social (Beck, 1992). Parte de la aportación de las teorías del comportamiento colectivo y la sociedad de masas consistió en trascender las fronteras simbólicas que tienden a establecerse entre la sociología y la psicología, y mostrar que la integración de los individuos en la vida comunitaria o local trasciende el ámbito de la política y es fuente de identidad personal. La psicología social influyó con fuerza en la tradición interaccionista, y está resurgiendo en el estudio de los movimientos sociales durante esta década, después de un período de declive durante las dos anteriores (Gamson, 1992).

LA TEORIA PLURALISTA DEL PODER

Los primeros trabajos en esta dirección se formulan en unos términos que difieren de los empleados hoy por las teorías constructivistas sobre la acción colectiva. La tendencia de esa teoría clásica a establecer una clara distinción entre la estructura de la sociedad pluralista y la de masas, y la importancia que se atribuye a las causas estructurales de la «política de masas», se fundaba en una visión demasiado optimista de la sociedad democrática, en la que cada individuo participa eficazmente en la vida social. «En la concepción pluralista del ciudadano, cada persona se integra en la política con arreglo a capacidad como miembro de un segmento de la sociedad —trabajador o empresario, residente en el campo o la ciudad... inmigrante o autóctono, blanco o negro» (Gusfield, 1962: 20). El problema se situaba en la debilidad o inexistencia de esos grupos, lo cual impide que se produzcan esos procesos de identificación y conduce a la «alienación política» («el desapego de las personas respecto de sus instituciones políticas»), como resultado de las influencias desintegradoras de la sociedad de masas «en los sentimientos de lealtad a determinados grupos que caracterizaban a la estructura social de los países democráticos en períodos históricos anteriores» (Gusfield, 1962: 20).

La defensa de la sociedad pluralista y democrática es otra muestra del carácter históricamente construido de las teorías sociológicas, ya que se produce en un contexto histórico en el que habían surgido las mayores amenazas para esa sociedad. También parece relacionada con otro aspecto básico de esta teoría que plantea serias dificultades para el estudio de los movimientos sociales y ha sido cuestionado en las dos últimas décadas. El modelo pluralista describe una sociedad en la que el poder «está ampliamente distribuido entre la variedad de grupos que compiten por él y no se concentra en manos de ningún segmento de la sociedad» (McAdam, 1982: 5). Ese modelo de poder social implica que el sistema político está abierto a la participación de todos los grupos y ninguno puede impedir el acceso a otros⁴ aunque tenga especial

⁴ La teoría de Robert Dahl (1967) es el mejor exponente de ese modelo: todo grupo que se considere afectado por una política concreta tiene amplias oportunidades para exponer su caso y negociar una solución al problema.

influencia política. Ese modelo pluralista no sólo se piensa que garantiza la apertura del sistema, sino también su capacidad de responder a las demandas que generan.

Si eso fuese cierto, la cuestión que se plantea es: ¿por qué surgen movimientos sociales que siguen cauces de acción no institucionalizados? Una posible respuesta consiste en que éstos «representan poco más que un error estratégico que vienen cometiendo innumerables grupos sociales», pero la recurrencia de los mismos hace difícil sostener esa idea (McAdam, 1982: 6). La respuesta de la teoría pluralista consiste en negar a los seguidores de estos grupos el estatus de «actores racionales» que buscan su propio interés. Ese supuesto simplificaba de tal modo la realidad de los movimientos contemporáneos que se convirtió en objeto de fuertes críticas por los analistas de los movimientos en los años sesenta y setenta, y dio un fuerte impulso al desarrollo de la teorías que parten del principio opuesto al enfatizar la racionalidad de los actores individuales y colectivos.

La concepción pluralista del poder presenta limitaciones importantes y da por hecho una situación idílica que no se ajusta a la realidad ni en Estados Unidos ni en el resto de las sociedades occidentales. Esa teoría es cuestionada por la existencia de mecanismos de exclusión de la esfera política, que afectan a muchos grupos, y por la proliferación de conflictos sociales en estas sociedades, que surgen y se dirimen al margen de los cauces establecidos e impugnan los supuestos sobre la apertura y capacidad de respuesta de las instituciones políticas existentes (Fantasia, 1988; Melucci, 1989; Laraña, 1993). Desde ese modelo pluralista es difícil explicar la difundida crisis de confianza en las instituciones políticas tradicionales que se registra en estos países ya desde los años sesenta y constituye uno de los fenómenos más importantes para la formación de movimientos sociales, al igual que los problemas de integración social y el recurrente conflicto en torno a la etnicidad en las sociedades occidentales.

PARTICIPACION SOCIAL Y DIFERENCIACION DE LA POLITICA

Si se intenta profundizar en la relación existente entre las cuestiones de participación social y los problemas de identidad que afectan al conjunto de la sociedad, es necesario ir más allá de las implicaciones políticas de la primera y del ámbito de la Sociología Política. Ese planteamiento está implícito en el enfoque interaccionista del comportamiento colectivo, donde ya se produce una expansión de ese concepto medular en el estudio de los movimientos sociales. Ello conduce a cuestionar algunos de los supuestos que han prevalecido en la explicación de estos hechos, que tradicionalmente se venían adscribiendo al orden político, y están vinculados a la teoría de la modernización más difundida en sociología. Es la teoría de Weber según la cual la racionalización de la vida social implica *la constitución de una esfera política separada del*

resto de la sociedad, y su tesis sobre la burocracia como nuevo sistema de dominación al que nada ni nadie escapa en las sociedades modernas (1944, 1967). La racionalización de la vida política implica el progresivo alejamiento de los ciudadanos de las esferas donde se toman las decisiones más importantes, que son canalizadas a través de los partidos políticos y controladas por aquellos que pertenecen a la «clase política». Esta última se halla integrada por profesionales políticos (hombres del partido o funcionarios) y es el segmento de la sociedad que «ocupa el Estado y ejerce su dominación sobre el resto de la sociedad» (Pérez Díaz, 1987: 19).

Ese modelo central en la sociología weberiana plantea la necesidad de que la política se convierta en una esfera diferenciada (separada) de la vida social y los partidos actúen como los cauces para ello. Entre la variedad de medios que sirven para articular las demandas políticas (grupos de intereses, opinión pública, movimientos sociales y partidos políticos), estos últimos son los que mejor permiten canalizar las inquietudes y las fuerzas políticas hacia esa esfera, así como los objetivos difusos de los movimientos sociales, por dos razones. En primer lugar, los partidos permiten la inclusión de esos intereses e inquietudes de ciertos grupos en un programa donde se combinan con otros más generales «que pueden tener alguna atracción sobre un público más amplio» (Eisenstadt, 1972: 33). En segundo lugar, los partidos permiten traducir esos propósitos conforme a criterios racionales que se plantean en sus definiciones de los objetivos y los medios para alcanzarlos (Pérez-Agote, 1987: 85).

En esta teoría de la diferenciación de la esfera política, como resultado del proceso de racionalización de toda la sociedad que es la esencia de los procesos de cambio social en Occidente, se funda la aproximación funcionalista sobre los movimientos sociales. Sin embargo, los acontecimientos que están teniendo lugar desde hace treinta años en sociedades que se sitúan a la cabeza de los procesos de modernización contrastan con los supuestos de ese modelo, al igual que cuestionan la validez del modelo alternativo (marxista) en la explicación de esos movimientos, como expuse hace algunos años en relación con los de estudiantes que surgieron en la década de los sesenta (Laraña, 1982). También en este sentido los nuevos movimientos sociales plantean un fenómeno de reflexividad social, ya que el cumplimiento de esa profecía weberiana sobre la imparable difusión de la burocracia y la racionalización de la vida social produce un fenómeno de reflexividad el cuestionamiento de las formas de organización política que son resultado de esos procesos de modernización, y da lugar a una seria crisis de credibilidad en las instituciones políticas.

COMPORTAMIENTO COLECTIVO Y ORGANIZACION SOCIAL

La teoría del comportamiento colectivo parte de un supuesto sobre la naturaleza de los movimientos que define el estatuto de este concepto durante los años cincuenta y sesenta, según el cual constituyen formas de comporta-

miento que se desvían de las consideradas normales en sociedad (McAdam, 1982; Gusfield, 1994). Estas últimas se consideran fruto de la existencia de una organización social, son consecuencia de que las conductas sociales se ajustan al conjunto de normas y convenciones sociales. Los fenómenos de comportamiento colectivo son conceptualizados como fisuras en dicha organización, ya que cuestionan esas normas y se apartan de ellas; constituyen formas de «comportamiento social elemental» en la medida en que prescinden de los procesos de socialización a través de los cuales los individuos interiorizan las normas sociales (Park, 1939). En su formulación más extrema, esta teoría trata de «aquellos fenómenos que ponen de manifiesto, de la forma más obvia y elemental, los procesos por los que las sociedades se desintegran en sus elementos constitutivos y aquellos a través de los cuales esos elementos se reagrupan nuevamente a través de nuevas relaciones para formar nuevas organizaciones y nuevas sociedades» (Park y Burgess, 1924).

La contraposición entre «comportamiento colectivo» y «organización social» tiene su origen en la investigación de estos fenómenos al final del siglo pasado, y singularmente en la poderosa influencia que tuvo la *Psicología de las masas* de Le Bon (1986)⁵. En ella, las masas se convierten en la agencia de cambio social por excelencia, ya que su surgimiento e importancia va a generar la liquidación de las civilizaciones «envejecidas». Se trata de una obra básica en la teoría elitista de la sociedad: las civilizaciones fueron «creadas y guiadas por una reducida aristocracia intelectual» que constituía su «armazón» y su fuerza moral. Ese orden social es destruido por la irrupción de las masas, lo cual inaugura una nueva era donde desaparecen los atributos de la civilización (normas fijas, disciplina, racionalidad, previsión del futuro y un alto grado de cultura). Para Le Bon, todos ellos son inaccesibles a las masas, las cuales nos conducen al «comunismo primitivo que caracterizó a los grupos humanos antes de civilizarse» (1986: 19-22). La irrupción de las masas no es consecuencia del sufragio universal, sino de la difusión de unas ideas y de la progresiva asociación de los individuos que lleva a la realización de las mismas.

Le Bon enfatiza la relación entre los cambios cognitivos y los fenómenos de grupo, cuya expresión más contundente es la famosa ley de la *unidad mental de las masas*. Sean cuales fueren los individuos que las componen, y al margen de sus diferencias en estilos de vida, trabajo o inteligencia, «el simple hecho de transformarse en masa les dota de una especie de alma colectiva» que les hace «pensar, actuar y sentir de modo completamente distinto de como lo haría cada uno por separado» (1986: 29). Las causas de esa transformación son dos: en primer lugar, «un sentimiento de potencia invencible» que es fruto de la condición anónima de los individuos en masa y de su integración en un grupo numeroso. Ello les permite ceder a sus instintos y abandonar todo sentimiento de responsabilidad. En segundo lugar, una dinámica de sugestibilidad y

⁵ En su introducción a la edición en español, Jiménez Burillo destaca que se han traducido a dieciséis idiomas y se han producido cerca de cincuenta ediciones del mismo.

contagio social que caracteriza a estas situaciones de grupo («en una masa, todo sentimiento y acto es contagioso hasta el punto de que el individuo sacrifica muy fácilmente su interés personal al colectivo», *op. cit.*: 31).

El argumento central consiste en afirmar que, al formar parte de una masa, los individuos «descienden varios peldaños en la escala de la civilización», sufren un bloqueo en sus estructuras cognitivas y se convierten en autómatas manejados por la inercia de la masa. En ello se funda la concepción de estos comportamientos como fundamentalmente irracionales y sujetos a un alto grado de *sugestibilidad* externa, que para Le Bon los hace explicables desde los supuestos psicológicos y conductistas. Al estar inmerso en una masa, la personalidad consciente del individuo es sustituida por la inconsciente y actúa como si estuviese hipnotizado (*op. cit.*: 32)⁶.

Esta obra influye mucho en la obra de Park y en la crítica democrática de la sociedad de masas, pero una diferencia básica entre estos dos enfoques y el de Le Bon estriba en que este último aplica su ley a cualquier situación de masas, mientras que los primeros no caen en esa generalización y limitan la aplicación de esos supuestos a situaciones o colectivos específicos. Arendt (1951) lo hace en el caso de los movimientos totalitarios para explicar la forma en que eliminan a sus propios miembros y se fundan en la delación de los compañeros; la teoría interaccionista del comportamiento colectivo la restringe a situaciones de emergencia, pánico, alarma y malestar social (Gusfield, 1970). Aunque Park aceptó la descripción básica de Le Bon sobre el comportamiento de las masas, concibió de otra forma la relación que mantienen con el orden social (Turner, 1967).

Como se ha indicado, al principio de su obra Park sigue una concepción muy amplia del comportamiento colectivo, como «una forma de acercarse al estudio del orden social más que un campo específico de investigación». El concepto de comportamiento colectivo equivale a «grupo en acción» y su definición se puede aplicar a una amplia gama de fenómenos sociales: «es el comportamiento de individuos bajo la influencia de un impulso que es común y colectivo, es decir: un impulso que es fruto de la interacción social» (Turner, 1967: xli). El concepto abarca desde los fenómenos de pánico colectivo y los comportamientos de masas en general hasta los de opinión pública y las modas, pasando por revoluciones y movimientos sociales. Las bases de ese comportamiento se encuentran en el hecho de que la conducta de las personas es orientada por expectativas compartidas, y ello «marca la actividad del grupo, que se halla bajo la influencia de la costumbre, la tradición, las convenciones y normas sociales, o las reglas institucionales» (Park, 1939: 222). Por consiguiente, «prácticamente toda la actividad de grupo puede abordarse como comportamiento colectivo», incluyendo la conducta regulada por normas que derivan de la división del trabajo y la existencia de roles sociales.

⁶ No por casualidad fue discípulo de Charcot, que desarrolla las primeras prácticas de terapia individual basadas en la hipnosis, en las que posteriormente se inspira Freud para elaborar su método de psicoanálisis.

Esa definición borra los límites entre el estudio del comportamiento colectivo y el de la organización social, y los que existen entre esa clase de comportamiento y el que se atiene a las normas sociales. De ahí proviene la confusión que inicialmente introdujo el uso del concepto en dos sentidos, amplio y restringido, en la obra de Park y Burgess que sienta las bases de esta tradición al publicarse en 1921 (Turner, 1981: 3). Sin embargo, el concepto amplio no hace más que aplicar un supuesto muy difundido en la actualidad sobre el estudio del cambio social: la necesidad de estudiar conjuntamente esos aspectos con los del orden social (Laraña, 1984). «El problema central del comportamiento colectivo consiste en identificar el proceso a través del cual se constituye y reconstituye la sociedad» (Turner, 1967: xlii); su objeto de estudio radica en entender cómo surge un nuevo orden social, lo cual exige analizar el surgimiento de nuevas formas de comportamiento colectivo (Park, 1939: 223)

Al concebir el comportamiento colectivo como una forma normal de conducta que genera procesos de cambio y orden social, Park anticipó una orientación que se desarrolla posteriormente dentro de su propia tradición, a la que me refiero más adelante (Gusfield, 1994; Turner, 1967). Más que plantear un problema conceptual, esa concepción amplia puede haber generado un problema de demarcación del campo de estudio del comportamiento colectivo, que se habría resuelto posteriormente recurriendo al concepto restringido de este concepto, como contrapuesto al de orden social. Según esa acepción restringida, el estudio del primero pasa a centrarse en una forma de comportamiento que se distingue por su carácter elemental, ya que no se atiene a las normas y expectativas sociales, en conductas que surgen de forma espontánea y no en base a acuerdos o tradiciones preestablecidos. «Mientras que la mayor parte del comportamiento colectivo se produce bajo la forma de actividades reguladas por los grupos sociales, hay un amplio sector del mismo que no entra en esa categoría» (Park, 1939: 227). Son formas elementales de comportamiento, «las más simples y antiguas de interacción entre las personas para actuar conjuntamente, que habitualmente conducen a otras más complicadas» (*ob. cit.*: 228). Esas conductas surgen en condiciones de malestar social en las que las personas «sienten una urgencia de actuar pero se ven imposibilitadas para hacerlo», como las que se dan cuando hay un «tumulto», una situación de pánico colectivo o un estado de histeria generalizado.

El malestar social es una situación colectiva de ansiedad (*restlessness*) y «grave perturbación en las sensaciones, pensamientos y comportamiento de la gente como consecuencia de cambios significativos en sus formas de vida» (Park, 1939: 226). Ese estado de ánimo suele producirse «cuando la gente tiene impulsos, deseos o disposiciones que no se pueden satisfacer» en el marco de estas últimas, y se presenta asociado a una clase de interacción entre las personas que difiere drásticamente de la habitual en sociedad (1994: 224).

Park combina el énfasis de Le Bon en los cambios en el medio ambiente de las personas que actúan de forma colectiva con la psicología de las masas elaborada por Freud y las tesis de Mead sobre la interacción social (Turner, 1988).

El énfasis de las dos primeras en el carácter irracional de la conducta colectiva y en los sentimientos de frustración-agresión es equilibrado por el que pone Mead (1972) en la naturaleza reflexiva de la interacción en sociedad, y en el papel de los símbolos que el actor interpone entre sus pulsiones primarias para controlarlas y adaptarse al medio social. Para Park, una clave sobre la naturaleza del comportamiento colectivo es la presencia de una forma de interacción que designa como *reacción circular*: «un tipo de interestimulación de la conducta en la que la respuesta de un individuo reproduce el estímulo que le llega de otro y, al dirigirse otra vez a dicho individuo, refuerza el estímulo anterior» (1939: 224). Esta forma de interacción se denomina circular porque la acción de un individuo tiene un efecto reflejo sobre él, sin que sea mediada por otros elementos de carácter simbólico o cultural. Cada individuo refleja sobre el otro sus sentimientos de pánico, agresividad o irritación, y al hacerlo retornan a él intensificados. Con ello, Park sitúa en la interacción cara a cara el argumento tradicional sobre el comportamiento colectivo (el bloqueo de la capacidad racional individual), y refuerza su contenido sociológico al aplicar un supuesto central del conductismo social.

Por el contrario, la «interacción interpretativa» se sitúa en el extremo opuesto a la anterior y tiene lugar cuando estos mecanismos de estímulo y respuesta son mediados por la capacidad de simbolización y autocontrol del individuo. Es el mismo argumento con que Mead (1972) ilustra las diferencias entre la conducta social y la animal. Mientras que la interacción interpretativa puede asemejarse a un partido de tenis y tiende a diferenciar a los individuos, la reacción circular tiende a hacerles iguales. Esta última es muy común entre los seres humanos, y es la «principal forma de estímulo en las formas elementales y espontáneas de comportamiento colectivo» (Park, 1939: 225). Donde más claramente puede observarse es en situaciones de pánico, alarma e histeria colectiva, pero ese tipo de reacción también suele caracterizar a las situaciones de malestar social a las que me he referido antes.

De esta capacidad para combinar supuestos teóricos procedentes de distintas tradiciones científico-sociales proviene buena parte de la fuerza que sigue teniendo el enfoque interaccionista del comportamiento colectivo. Los supuestos que enfatizan la naturaleza irracional del mismo son contrapesados por los que destacan las funciones simbólicas de la conducta. La teoría de Mead reequilibra la influencia de los modelos biológicos procedentes de Freud y Le Bon en el campo de los movimientos sociales, que fue potenciada por la irrupción de los movimientos totalitarios en Europa, lo cual ilustra el carácter históricamente construido de este campo de estudio.

COMPORTAMIENTO COLECTIVO Y CAMBIO SOCIAL

Las diferencias entre las aproximaciones funcionalista e interaccionista al comportamiento colectivo no radican en las premisas a partir de las cuales ini-

cian su estudio de los movimientos (puesto que para ambas son considerados fenómenos divergentes de las normas sociales), sino en el significado que les atribuyen en la constitución del orden social. Un aspecto importante en este sentido se refiere al mantenimiento de la ortodoxia que había sentado la escuela de Le Bon. En lugar de partir de una concepción de los movimientos sociales como masas integradas por actores irracionales, «ciegos y salvajes», la perspectiva interaccionista los considera fuente de nuevas ideas y organizaciones sociales, y plataformas para el desarrollo de nuevas normas sociales (Turner y Killian, 1986). En lugar de considerar al comportamiento colectivo como un fenómeno de desviación social, la Escuela de Chicago se acercó a él como un semillero de nuevas instituciones sociales (Gusfield, 1994: 103).

Esa aproximación tiene su origen en la amplia concepción inicial del comportamiento colectivo en la obra de Robert Park, el cual lo aplica a la mayoría de los fenómenos que estudia la sociología, aunque posteriormente el concepto es acotado a las conductas elementales y espontáneas que no se ajustan a las normas y expectativas sociales. El enfoque inicial recibe la influencia de la teoría de la modernización más difundida en la sociología, que parte de la contradicción entre las categorías empleadas en su interpretación, tales como tradición y modernidad, comunidad y sociedad (Gusfield, 1965; Habermas, 1971). Esa concepción del cambio social subyace al supuesto según el cual las formas elementales de comportamiento dan lugar a las socializadas, y el principal interés del estudio de las primeras consiste en explorar ese proceso (Park, 1939: 223). Esa idea se funda en otra sobre la ineludible transición de las formas de asociación propias de la sociedad tradicional (en la que surgen las formas elementales del comportamiento colectivo) a las que se dan en la «sociedad» moderna (en la que adquieren su estructura organizada). En base a esa teoría, Park y Burgess (1924) establecen una jerarquía entre el comportamiento social —que lo es en la medida en que el individuo es influido por la acción de cada uno de los otros con los que interactúa— y el colectivo, donde no se dan esas circunstancias (Turner, 1981; Park, 1939).

Pero lo interesante es que esa jerarquía no les impide reconocer el potencial del comportamiento elemental en la constitución o transformación del orden social, lo cual encaja mal con una concepción simplificada del mismo como simplemente desviado, marginal y basado en la subjetividad individual. Al igual que sucede con Weber, esa amplitud de miras para captar la ambivalencia y la complejidad social permite a Park esquivar los «agujeros negros» de las explicaciones reduccionistas y sentar las bases del enfoque interaccionista contemporáneo. De ahí la condición de «clásico» que sin duda merece. «Al estudiar el comportamiento colectivo nos ocupamos de los procesos de construcción de un orden social. En sus primeros estadios, el comportamiento colectivo se encuentra poco definido y organizado. En sus formas elementales y primarias, uno encuentra los mecanismos primarios de la asociación» (Park, 1939: 279).

La aproximación funcionalista al comportamiento colectivo se funda, asimismo, en este supuesto sobre la transición entre «comunidad» y «sociedad»,

que aplica con mayor rigidez. Este enfoque parte de supuestos más simples sobre la naturaleza e implicaciones del comportamiento colectivo, que están relacionados con su teoría de la modernización social. Desde la aproximación funcionalista, las causas de los movimientos juveniles son explicadas por las tensiones estructurales asociadas al proceso de industrialización. Los movimientos sociales se consideran resultado de un contexto social caracterizado por la desorganización social como consecuencia de ese proceso de modernización (Parsons, 1973; Eisenstadt, 1956) y de una reacción individual a esas tensiones estructurales (Smelser, 1963). El significado real de los movimientos no radica en su contenido político o en sus propuestas de cambio institucional, sino que representan una especie de terapia contra la ansiedad generada por la «ambigüedad normativa» que caracteriza a esas situaciones de cambio social (McAdam, 1982: 10; Flacks, 1970; Laraña, 1982).

La perspectiva interaccionista parte de una visión de los movimientos centrada en su complejidad y hace de ello su objeto central de estudio, como fenómeno sociológico que debe ser estudiado en sí mismo (Turner, 1981: 3), anticipando así un supuesto central en las perspectivas constructivistas contemporáneas. La diferencia entre ambos enfoques es sustantiva: mientras que para el interaccionista en las formas elementales de comportamiento colectivo se encuentran las raíces del orden social, para el funcionalista lo que hay en ellas son «perturbaciones psicológicas» de carácter individual como consecuencia de los cambios que se están produciendo en los procesos de modernización. En el caso de los movimientos juveniles, esos cambios producen una discontinuidad entre los valores de las familias y los de la esfera ocupacional, que se manifiesta en el bloqueo del funcionamiento de agencias básicas de socialización. Parte de las funciones de la familia pasan a ser desempeñadas por grupos y movimientos juveniles que permiten establecer el puente entre los valores operativos en ese ámbito y el del trabajo (Eisenstadt, 1956). Por consiguiente, la función de estos grupos consiste en asegurar la reproducción del orden social existente, no en contribuir a su transformación.

Por el contrario, para la tradición interaccionista los movimientos sociales se convierten en un objeto fundamental de la investigación sociológica debido a su capacidad de promover cambios en el orden social (Gusfield, 1970, 1981, 1994; Turner, 1981, 1987). Los analistas de estos fenómenos deben centrarse en la forma en que surgen unas acciones elementales y desorganizadas que, sin embargo, tienen una singular capacidad para difundir nuevos marcos de significados en la sociedad (Gusfield, 1994). La distancia entre ambos enfoques se pone de manifiesto en la relación que establecen entre movimiento y cambio social: para el funcionalista, el primero sólo es una reacción al segundo y tiene sus raíces en las perturbaciones psicológicas y las tensiones sociales generadas por él; para el interaccionista, los movimientos son agencias de cambio social, y ello forma parte de su naturaleza. Este planteamiento se encuentra implícito en la obra de Park y es desarrollado por los sociólogos que trabajan con el enfoque interaccionista posteriormente (Turner, Gusfield, Klapp).

«Siguiendo esta tradición, hemos enfatizado la importancia de la capacidad de crear nuevas normas como un aspecto básico de los movimientos. En los movimientos sociales este elemento normativo en formación (*emergent normative component*) consiste en la redefinición colectiva de una condición que en un tiempo fue considerada como una *desgracia* y pasa a percibirse como una *injusticia*» (Turner y Killian, 1987: 237).

Se puede establecer un paralelismo entre los supuestos de la aproximación interaccionista y los de la sociología del conflicto, que destaca el papel central de éste en el análisis de la sociedad (Dahrendorf, 1959, 1990; Collins, 1975). Para Park y Burgess (1924), el orden natural de una comunidad social es resultado de la competencia entre los individuos, y «el control social y la subordinación mutua entre sus miembros tiene su origen en el conflicto». Esta aproximación al comportamiento colectivo también anticipa algunas de las ideas que se difundieron en Francia durante los años setenta de la orientación conocida como «análisis institucional», que enfatiza el papel de los movimientos sociales como analizadores de los procesos sociales y como fuente de innovación y creatividad en las instituciones sociales (Lapassade, 1973; Lapassade, Lourau *et al.*, 1977)⁷.

COMUNIDAD Y SOCIEDAD

Si un supuesto inicial de esta aproximación clásica es que las formas elementales de comportamiento colectivo tienden a convertirse en formas crecientemente organizadas, su capacidad para revisar sus premisas se manifiesta en su desarrollo teórico desde los años sesenta. En una obra de la que se han hecho tres reediciones, Turner y Killian (1987) enfatizan la necesidad de separar los conceptos de «comportamiento colectivo» y «control social», que aparecían estrechamente unidos en la obra de Park⁸. En un trabajo reciente, Gusfield (1994) sitúa lo anterior en un debate teórico central en la actualidad, al señalar que el contraste entre «comunidad» y «sociedad», que informa la teoría inicial del comportamiento colectivo, debe ser revisado porque no se ajusta a cambios sustanciales que están teniendo lugar en la sociedad occidental contemporánea (el aumento generalizado de la renta y del tiempo libre, el desarrollo de la tecnología de las comunicaciones y de los transportes). Estos cambios afectan a amplias parcelas de la vida que están abiertas a la elección y en las que el orden interactivo de la vida cotidiana opera con un creciente margen de libertad

⁷ Este método ha sido aplicado al estudio de los movimientos sociales en España, en el método de la Investigación-Acción Participativa (Rodríguez Villasante*) y está muy próximo al método empleado por Alberto Melucci (1989) y Alain Touraine en sus investigaciones de los movimientos sociales en Italia y Polonia, respectivamente (1983* Polonia *ver ambos*).

⁸ Esa distinción hace referencia a la concepción del analista sobre la relación existente entre el orden y el conflicto social, la cual informa su aproximación a los movimientos sociales.

frente a las constricciones de la organización institucional. Reproduzco a continuación este argumento porque sitúa en el ámbito de estudio de los movimientos sociales el debate que se viene produciendo entre las concepciones normativas e interpretativas de la organización social.

«La imagen de sociedad que los analistas del comportamiento colectivo compartieron con otros sociólogos provenía de la concepción clásica sobre el contraste que existe entre la comunidad integrada y la sociedad institucionalizada. Los movimientos surgían como resultado de la desorganización, del “malestar social” (lo que hoy podría llamarse “alienación”). Los movimientos y la aparición de nuevas construcciones de la realidad presentaban grandes contrastes con la vida social organizada, cotidiana y recurrente. (...) Precisamente, en este punto es donde la teoría del comportamiento colectivo necesita una revisión. *El contraste entre unas formas de acción basadas en la rutina y lo normal y otras con capacidad de construir nuevos significados e instituciones no es adecuado para comprender las sociedades contemporáneas.* (...) Los movimientos sociales, la heterogeneidad y la proliferación de alternativas y opciones posibles son elementos característicos de la vida contemporánea en la misma medida en que la caracteriza la difusión de sistemas de organización social. *El comportamiento colectivo no es un aspecto anómalo de la vida social, sino que forma parte de la vida moderna.* (...) El cambio, el conflicto y los nuevos valores son aspectos permanentes en las sociedades humanas» (Gusfield, 1994: 104; el énfasis es mío).

El énfasis de este enfoque en la capacidad de los movimientos para crear nuevas normas y significados sociales responde a una concepción dinámica del orden social. En lugar de aproximarse al mismo como una estructura normativa principalmente caracterizada por la estabilidad y persistencia, el enfoque interaccionista lo concibe como un proceso abierto a su continua transformación. Los valores y significados en los que se articula la legitimidad de las normas sociales son cambiantes por naturaleza y no existen principios axiológicos inmutables en ninguna sociedad que hagan posible la persistencia de su estructura normativa al margen de esos cambios sociales. De ahí la posición estratégica del enfoque interaccionista para el estudio de la conducta divergente (en la que es manifiesto ese proceso de cambio normativo) y de los movimientos sociales (que inicialmente se asocia con la primera pero desde una perspectiva diferente). De ahí también que uno de los modelos más difundidos hoy en la investigación de los movimientos sociales, el análisis de los marcos de acción colectiva, provenga de Irving Goffman (1987), un autor vinculado a la tradición interaccionista (Goffman, 1986).

La posición estratégica de esa tradición interaccionista para la interpretación de las distintas formas de comportamiento colectivo considero que proviene de la influencia de la fenomenología. Esta última aporta una perspectiva

flexible y centrada en aspectos procesales de la realidad, que permite a dicho enfoque revisar sus supuestos iniciales y adaptarlos a las cambiantes situaciones de nuestra sociedad. Esos cambios afectan de dos modos a los movimientos sociales, que están continuamente en proceso de cambio, al igual que sucede en otras formas de comportamiento colectivo (Turner y Killian, 1987: 237). En primer lugar, cambios en la evolución y estructura internas de los movimientos, en sus metas, ideologías y estrategias, en sus relaciones con las autoridades institucionales y con sus seguidores. En segundo lugar, esos cambios no sólo tienen lugar en el contexto social donde surgen, sino que también son fruto de una construcción social dentro de los movimientos, e implican cambios en las definiciones de la situación que orientan el comportamiento de personas y grupos. Por ello, una situación recurrente en la formación de los movimientos sociales consiste en producir cambios en esas definiciones colectivas, de forma que aquello que hoy se considera «normal» puede pasar a ser visto como «injusto». Esos cambios cognitivos constituyen el «componente normativo emergente» de los movimientos, al que Turner y Killian (1987) atribuyen su capacidad para producir cambios sociales y en los que Gusfield (1994) centra su análisis de la reflexividad de los primeros.

«Los movimientos sociales se hallan inextricablemente unidos a planteamientos éticos que hacen que aquello que antes podía haber sido aceptado como una desgracia ahora se considere intolerable, que hay algo ilegítimo en el sistema y esa injusticia debe rectificarse. *Esta definición normativa de la realidad transforma en lucha por una causa justa aquello que de otro modo hubiera sido simplemente política de grupos de interés —y en este sentido puede decirse que cada movimiento representa una “cruzada moral”*» (Turner y Killian, 1987: 237; la cursiva es mía).

Ese argumento central para el enfoque interaccionista del comportamiento colectivo fue anticipado por Weber (1972) en su análisis de las crisis cíclicas del capitalismo moderno desde sus orígenes en el siglo pasado. Siempre ha habido crisis en todos los tiempos y lugares, siempre ha habido hambre y desocupación crónicas, pero la diferencia es que en anteriores contextos sociohistóricos sus causas se atribuían a factores sobrenaturales como la divinidad, o a la propia naturaleza, que no era favorable a la economía agraria. Pero la secularización de la sociedad moderna produce un cambio en los marcos cognitivos desde los que se interpretaban estos hechos, lo cual va a tener una repercusión directa en los conflictos sociales. Actualmente, la organización económica aparece como la responsable de esas crisis y, si la obra del hombre está en su origen, la consecuencia lógica consiste en afirmar que lo que hay que hacer es cambiar esa obra: «Sin las crisis económicas, el socialismo racional no hubiera sido posible» (Weber, 1942).

LA REFLEXIVIDAD DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Entre las razones señaladas por Gusfield para afirmar que la teoría de la sociedad de masas sigue siendo útil en la actualidad, a pesar de sus limitaciones, destaca una basada en la creciente importancia de la «interacción parasocial» (1994: 114). A diferencia de la que se produce cara a cara, el concepto hace referencia a la interacción a través de los medios de comunicación y en la que no intervienen los grupos y asociaciones que desempeñan las funciones básicas de mediación en una sociedad pluralista. Como hemos visto al principio, una preocupación central en el análisis de la sociedad de masas fue el declive o la ausencia de esas instancias intermedias, tanto en cuanto a sus implicaciones culturales (en las formas de percibir los acontecimientos) como político-sociales (en el sistema de libertades de la sociedad moderna y en la forma de articular las demandas sociales). Para Gusfield, la frecuencia y trascendencia de la interacción parasocial confiere validez a la imagen de la sociedad como «público» (un conjunto de personas que comparten la misma opinión sobre una cuestión controvertida), que está implícita en los estudios sobre la sociedad de masas. Lo mismo sucede con el concepto «masa», que sigue siendo útil para designar a las audiencias de los medios de comunicación, la cual suele estar más «estandarizada y homogeneizada que las clases, el estatus y la etnia» (1994: 114). Debido a la importancia que adquieren los medios de comunicación en la formación de opinión pública, se trata de dos conceptos clásicos en el sentido descrito al principio de este trabajo, que se refiere al mantenimiento de su utilidad para el conocimiento de lo que acontece en las sociedades occidentales.

Desde hace algunos años, la influencia de los *mass media* en los movimientos sociales ha sido bastante analizada en la literatura especializada en este campo (Gitlin, 1980; Snow *et al.*, 1986; Gamson y Modigliani, 1987), pero no se ha estudiado en profundidad su incidencia en los procesos de creación de marcos cognitivos e identidades colectivas que resultan fundamentales para explicar la participación en los primeros. Los dos conceptos arriba citados y algunos supuestos procedentes de la teoría del comportamiento colectivo pueden ser útiles para ello. En un trabajo anterior hemos propuesto el concepto de «identidad pública», que «abarca la influencia de personas ajenas a un movimiento social en la forma en que sus seguidores se ven a sí mismos» (Johnston, Laraña y Gusfield, 1994: 20). Dicha influencia no sólo se manifiesta en la identidad individual sino también en la colectiva, debido a la que ejercen tanto los medios de comunicación como personas que no participan en el movimiento y las definiciones que de él hacen organismos estatales y contramovimientos. Este análisis es congruente con el énfasis que ponen las perspectivas del comportamiento colectivo y la construcción social en los procesos de definición colectiva de las situaciones en las organizaciones y redes de los movimientos sociales.

Como ha señalado Gusfield, los *mass media* no sólo sitúan los hechos que

protagonizan los movimientos en un marco de referencia desde el que son percibidos por la opinión pública y se establecen conexiones entre ellos. También juegan un papel central en la «dramatización» de esos hechos⁹, en la atribución del liderazgo de los movimientos a ciertas personas y en la intensificación de la imagen de conflicto con las instituciones sociales (1994: 109). Gusfield (1994) destaca la conexión entre la dimensión teatral de los movimientos sociales y la naturaleza reflexiva de la sociedad donde surgen. Esta última no sólo es «el resultado de la interacción directa entre las personas o de las normas institucionalmente organizadas sino que también existe como objeto de observación y reflexión» (*ob. cit.*: 108). En los movimientos sociales, ese aspecto se manifiesta en la incidencia que en ellos tienen las interpretaciones de los observadores y en las acciones de los movimientos organizados en relación con esas interpretaciones. En ello se fundamenta la concepción dramaturgica de los movimientos, puesto que su componente teatral «constituye un procedimiento fundamental para la difusión de los significados de los que son portadores» (*ob. cit.*: 112). Ese aspecto se manifestaría especialmente en los «movimientos fluidos» (cuyo objetivo consiste en producir cambios en los comportamientos cotidianos) más que en las normas por las que se rigen las instituciones sociales, aspecto que caracteriza a los «movimientos lineales». «La insistencia de muchas mujeres en introducir cambios en el lenguaje convencional con la finalidad de borrar el predominio de las imágenes masculinas es una forma efectiva de teatro, de dramatizar el cambio en unas concepciones de las que ahora se es consciente» (Gusfield, 1994: 112)¹⁰.

Ese componente teatral también puede presentar otro fenómeno de reflexividad social y generar consecuencias no intencionadas, y a veces contrarias a la estrategia de los movimientos. Un ejemplo de ello ha tenido lugar en las acciones protagonizadas por la organización *Greenpeace* para boicotear las pruebas nucleares del Ejército francés en el Pacífico durante el mes de septiembre de 1995. La cobertura de estas acciones con los sofisticados medios de que hoy dispone esa organización es congruente con su estrategia de impacto en los *mass media*, al igual que con su estructura organizativa, que se diferencia de la habitual en los nuevos movimientos sociales. Sin embargo, esos mismos

⁹ El concepto «dramatización» ocupa un lugar central en la teoría de Goffman (1959, 1961) sobre la importancia de los aspectos expresivos de la conducta en las definiciones de la situación en base a las cuales se organizan las relaciones sociales.

¹⁰ Este aspecto ilustra la relación entre el lenguaje y la eficacia simbólica de los movimientos, y la importancia del análisis del primero en la investigación de los segundos, que he defendido en otro lugar (Laraña, 1994a). La cuestión planteada se refiere al significado del lenguaje en análisis de las relaciones sociales y la forma en que éste reproduce la estructura subyacente de poder. Se trata de un viejo supuesto de la sociolingüística que está asociado a la actual difusión del concepto «políticamente correcto», en gran parte como consecuencia de la acción de algunos movimientos que lo han trasladado a primer plano de la actualidad en las sociedades occidentales. La difusión de esta categoría está íntimamente relacionada con los cambios en las formas de estratificación en estas sociedades y la creciente importancia de aquellas basadas en factores étnicos y raciales, lo cual ilustra la imbricación existente entre estructura social y acción colectiva.

medios (un helicóptero desde el que se filmaban las persecuciones de los barcos de *Greenpeace* en sus incursiones en aguas territoriales francesas) permitieron difundir las imágenes de la captura de su principal barco, el *Rainbow Warrior*, que se ha convertido en un símbolo de la organización. Todo ello parece haber tenido un impacto negativo en la imagen de una organización que confiere tanta importancia a esa dimensión y, en parte, se sostiene gracias a ella, y parece haber suscitado problemas internos¹¹.

Desde su fuerte difusión a mediados de los ochenta, la estrategia de *Greenpeace* se ha caracterizado por una hábil combinación de trabajo técnico y acciones espectaculares, basadas en el principio de la «acción directa». Para la eficacia de sus campañas, adquiere importancia central la espectacularidad de esas acciones, con frecuencia combinada con elementos lúdicos que las han caracterizado y han potenciado su imagen pública. Ese principio suele suscitar una confrontación con las autoridades institucionales, municipales o estatales, que forma parte de la estrategia de GP y brinda el carácter de noticia de esa acción. Uno de sus miembros, al que tuve ocasión de entrevistar¹², afirmó que la meta de estas acciones ante todo es llamar la atención de los *mass media*, a cuyo impacto en la opinión se atribuye mucha más importancia que a los informes técnicos sobre los problemas ambientales.

En mi estudio de las movilizaciones estudiantiles que se produjeron en Madrid en 1993, pude apreciar un fenómeno similar en relación con las que tuvieron lugar seis años antes. La preocupación del Sindicato de Estudiantes por la resonancia de sus acciones en los *mass media* parece relacionada con un cambio en su imagen pública desde que esa asociación lideró las movilizaciones contra la política educativa del Gobierno en 1987, junto con la Coordinadora de Estudiantes. Las razones de ese cambio en la «identidad pública» de una organización estudiantil también ilustran el anterior argumento sobre los aspectos de reflexividad en la estrategia de los movimientos, y sobre la incidencia de las agencias gubernamentales en la identidad colectiva de un movimiento social. El incremento en los recursos organizativos del Sindicato, gracias a las subvenciones que recibe del Gobierno desde aquellas movilizaciones, según mis datos ha contribuido al declive de su imagen pública entre los estudiantes que apoyaron las siguientes acciones contra el aumento de los derechos de matrícula en la Universidad (Laraña, 1994b).

Para esta teoría del comportamiento colectivo, la importancia del compo-

¹¹ *El País* (24-9-1995) destacaba en titulares esa crisis y citaba las declaraciones de uno de sus líderes históricos, que reforzaban una imagen negativa de la organización ya descrita por la revista *Stern* en 1993. Según el diario español, D. McTaggart acusó a *Greenpeace* de haber generado una poderosa burocracia que viaja y se hospeda en hoteles de lujo, y tiende a castigar con sus campañas a los países donde su organización es menos poderosa. El reportaje asociaba esa situación con el rápido crecimiento de esta organización que, afirmaba, se ha convertido en una «multinacional verde» cuyo presupuesto anual supera los 15.000 millones de pesetas, sus reservas los 10.000 y cuenta con más de mil empleados permanentes.

¹² En el trabajo de campo en el que se funda la parte empírica de este trabajo.

nente teatral en los movimientos sociales es consecuencia de su naturaleza reflexiva. Los movimientos no sólo inducen cambios en las instituciones sociales como consecuencia del reconocimiento de sus reivindicaciones por parte de éstas, sino que también son objeto de percepción y atención por parte de la sociedad y los públicos: su propia existencia indica que un cambio está teniendo lugar, que algunas cosas de su interés son susceptibles de cambio, que «algo está pasando» (Gusfield, 1981: 326).

«La propia existencia y percepción del movimiento implica que el cambio ahora es posible. Esta percepción forma parte de una “monitorización” de la sociedad en la que participan observadores, espectadores y audiencias. El movimiento les aporta la perspectiva del “Otro Generalizado” al suscitar una serie de cuestiones que ahora son materia de conflicto y cambio. Aquello que antes era impensable ahora lo es» (Gusfield, 1981: 326).

En estas sensaciones e imágenes que los movimientos suscitan en el público y en sus potenciales seguidores radica gran parte de su *eficacia simbólica* y su capacidad de promover cambios en la sociedad. El significado de esas imágenes consiste en producir un cambio en las definiciones colectivas de las situaciones que motivan la acción de los movimientos, según el cual lo que antes era «normal» ahora está sujeto a cambio, y lo que se daba por hecho se ha convertido en una cuestión en controversia pública. En dicha eficacia juega un papel importante el carácter colectivo de esos procesos simbólicos: la acción de los movimientos puede mostrar que «aquello que en principio parecían ideas y acciones individuales en realidad son compartidos y realizados por otros» (Gusfield, 1994: 113).

Mi argumento es que hay una clara convergencia entre estos supuestos sobre el significado simbólico de los movimientos sociales y los que se han planteado en los últimos años desde las perspectivas de la construcción social, lo cual ilustra el carácter clásico de la teoría interaccionista del comportamiento colectivo. Como señala Gusfield (1994), ese proceso se pone de manifiesto en la concepción de los movimientos sociales como «agencias de significación colectiva» desarrollada por los sociólogos norteamericanos que trabajan con los supuestos del análisis de marcos. También se manifiesta en la aproximación a los movimientos como «mensajes simbólicos» que ha propuesto Melucci (1989), y en su argumento sobre la imposibilidad de reducir su interpretación al logro de sus reivindicaciones a corto plazo en términos de éxito o fracaso, o de situar la continuidad de un movimiento en sus efectos visibles exclusivamente. Un análisis de los movimientos en estos términos, basado en datos cuantitativos para estimar su grado de éxito, se produjo dentro del enfoque sobre el comportamiento colectivo en sus primeras investigaciones, y fue criticado como un empobrecimiento del modelo, que lo reduce a una dicotomía basada en la evaluación del analista de su éxito o fracaso (Turner, 1981).

En este sentido, se ha señalado que la eficacia simbólica del movimiento

por los derechos civiles en Estados Unidos no se limitó al reconocimiento *de facto* de unos derechos de la población negra ya establecidos por la Constitución que eran conculcados en los Estados del Sur, sino que produjo un cambio de los estereotipos sociales sobre sus relaciones con los blancos (Gusfield, 1994). Ese cambio se manifestó en la difusión de un marco de pronóstico (sobre la igualdad entre las razas) en el que se ha fundado la demanda de igualdad de un sector del movimiento, y era muy distinto al anterior, en el que sólo había subordinación a las prácticas de discriminación que implicaban el reconocimiento de su inferioridad racial.

En síntesis, entre las razones de la persistente influencia de la aproximación interaccionista a los movimientos sociales hay que destacar las siguientes: el énfasis en su naturaleza de proceso cambiante; la importancia que atribuye a las nuevas ideas y significados que plantean en la transformación del orden social (las reivindicaciones y propuestas de los movimientos para mejorar las condiciones que han sido definidas como intolerables o injustas¹³); una aproximación a los problemas sociales centrada en los procesos de su definición colectiva, que inicia Blumer (1971); y la concepción del movimiento como un objeto de estudio en sí mismo. Estos supuestos adquieren especial importancia para las perspectivas contemporáneas de la construcción social.

Finalmente, los sociólogos que hoy siguen este enfoque han cuestionado las descripciones de un movimiento o de las acciones de sus seguidores que los etiquetan como «racionales» o «irracionales». Esa desconfianza se funda en un supuesto según el cual «el comportamiento irracional no es más frecuente en los movimientos que en contextos institucionalizados» (Turner y Killian, 1987: 237). Con ello, esta aproximación marca sus distancias tanto respecto de la funcionalista, que destaca la irracionalidad de los movimientos, como de las teorías de la movilización de recursos y el proceso político, que plantean lo contrario. El énfasis en la irracionalidad llegó a este enfoque por la influencia que ha tenido la teoría de Freud, al igual que el que se ha situado en la racionalidad del comportamiento colectivo «fue una reacción a esa atribución de irracionalidad que ha prevalecido, y que en parte provenía de la búsqueda de un conjunto de supuestos en que se pudiera fundamentar una teoría rigurosa» (Turner, 1988: 321). El análisis de los comportamientos colectivos en términos de racionales o irracionales choca con un principio esencial para la escuela de Chicago y los enfoques interaccionistas en general (Winkin, 1991; Cicourel, 1982), que ha sido claramente expresado por Ralph Turner: «Me acuerdo muy bien de cómo nos apremiaba Everett Hughes para que fuésemos capaces de percibir toda clase de comportamiento como algo que es básicamente comprensible desde el punto de vista del actor. Nuestra tarea consistía en descubrir ese punto de vista, que reconoceríamos cuando sus acciones fuesen comprensibles» (1988: 321).

¹³ Las reivindicaciones suministran al movimiento su «objeto» (*focus*), del que depende buena parte de su unidad y orientación (Turner y Killian, 1987: 236).

BIBLIOGRAFIA CITADA

- ARENT, Hanna (1951): *The Origins of Totalitarianism*, Hartcourt Brace Javanovich, New York.
- BECK, Ulrich (1992): *Risk Society. Towards a New Modernity*, Sage, London.
- BELL, Daniel (1977): *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid.
- BLUMER, Herbert (1971): «Social Problems as Collective Behavior», *Social Problems*, vol. 18, núm. 3.
- BURY, John (1973): *La idea del progreso*, Alianza, Madrid.
- CICOUREL, Aaron (1982): *El método y la medida en sociología*, Editora Nacional, Madrid.
- COLLINS, Randall (1975): *Conflict Sociology. Toward and Explanatory Science*, Academic Press, New York, 1975.
- DAHL, Robert (1967): *Pluralist Democracy in the United States*, Rand y McNally, Chicago.
- DAHRENDORF, Ralph (1959): *Las clases y su conflicto en la sociedad industrial*, Stanford University Press, California.
- (1990): *El conflicto social moderno*, Mondadori, Madrid.
- DARNOVSKY, Marcy, EPSTEIN, Barbara, y FLACKS, Richard (1995): *Cultural Politics and Social Movements*, Temple University Press, Philadelphia.
- DURKHEIM, Emilio (1985): *La división del trabajo social*, Planeta, Barcelona.
- DUVERGER, Maurice (1972): *Sociología política*, Ediciones Ariel, Barcelona.
- EISENSTADT, S. N. (1956): *From Generation to Generation*, The Free Press, N. York.
- (1972): *Modernización, movimientos de protesta y cambio social*, Amorrortu, Buenos Aires.
- ETZIONI-HALEVY, Eva (1993): *The Elite Connection. Problems and Potential of Western Democracy*, Polity Press, Cambridge.
- FANTASIA, Rick (1988): *Cultures of Solidarity*, University of California Press, Berkeley.
- FLACKS, Richard (1970): «Social and Cultural Meanings of the Student Revolt», en E. Sampson (ed.) *Student Activism and Protest*, Jossey Bass, San Francisco.
- FURET, François (1995): *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- GAMSON, William (1992): «The Social Psychology of Collective Action», en *The Frontiers in Social Movement Theory*, edited by Aldon Morris and Carol Mueller, Yale University Press, New Haven.
- GAMSON, William, y MODIGLIANI, André (1987): «Media Discourse and Public Opinion on Nuclear Power: A Constructionist Approach», *American Sociological Review*, 95, 1: 1-37.
- GIDDENS, Anthony (1990): *The Consequences of Modernity*, Polity Press, London. Versión española en Alianza Universidad, Madrid, 1994.
- (1994): *Beyond Left and Right. The Future of Radical Politics*, Polity Press, Cambridge.
- GITLIN, Tood (1987): *The Sixties Years of Hope, Days of Rape*, Bantam Book.
- GOFFMAN, Erving (1959): *The Presentation of Self in Everyday Life*, Anchor Books, New York.
- (1986): *Frame Analysis*, Northeastern University Press, Boston [1974].
- (1991): *Los momentos y sus hombres*, Paidós, Barcelona.
- GUSFIELD, John (1975): «Movimientos sociales», *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 6, Aguilar, Madrid.
- GUSFIELD, Joseph (1970): *Protest, Reform and Revolt. A Reader on Social Movements*, John Wiley & Sons, New York.
- (1981): «Social Movements and Social Change: Perspectives on Linearity and Fluidity», *Research in Social Movements, Conflict and Change*, vol. 4, JAI Press.
- (1994): «La reflexividad de los movimientos sociales: revisión de las teorías sobre la sociedad de masas y el comportamiento colectivo», en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- HOBBSBAWN, Eric (1995): *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Crítica, Barcelona.
- JOHNSTON, Hank; LARAÑA, Enrique, y GUSFIELD, Joseph (1994): «Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales», en *Los nuevos movimientos sociales. De la idea*

- logía a la identidad*, Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- KLAPP, Orrin (1969): *Collective Search for Identity*, Holt, Reinhart and Winston.
- KORNHAUSER, William (1959): *The Politics of the Mass Society*, The Free Press, Glencoe. Traducción al castellano: (1969): *Aspectos políticos de la sociedad de masas*, Amorrortu, Buenos Aires.
- LAPASSADE, Georges (1973): *La entrada en la vida*, Fundamentos, Madrid.
- LAPASSADE, G.; LOURAU, R., et al. (1977): *El análisis institucional*, Campo Abierto, Madrid.
- LARAÑA, Enrique (1982): «La juventud contemporánea y el conflicto intergeneracional», *Revista de Juventud*, núm. 3.
- (1984): «Cambio Social», en S. DEL CAMPO, *Tratado de Sociología*, vol. II, Taurus, Madrid.
- (1986): «La interpretación de los resultados electorales y las predicciones políticas. Las elecciones locales de Andalucía y Galicia (1982-1985)», *Revista de Estudios Políticos*, núm. 50, marzo-abril, pp. 285-309.
- (1993): «Ideología, Conflicto Social y Movimientos Sociales Contemporáneos», en *Escritos de Teoría Sociológica en Homenaje a Luis Rodríguez de Zúñiga*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- (1994a): «Continuidad y unidad en las nuevas formas de acción colectiva. Un análisis comparado de movimientos estudiantiles», en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Enrique Laraña y Joseph Gusfield (eds.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- (1994b): «Cycles or Explosions? Student Activism in Western Societies and Social Movement Theory», trabajo presentado en el *Congreso Mundial de Sociología*, Bielefeld, 18-23 de junio.
- MANNHEIM, Karl (1936): *Ideology and Utopia*, Harvest Books, New York.
- MCADAM, Doug (1982): *Political Process and the Development of Black Insurgency 1930-1979*, University of Chicago Press, Chicago.
- (1988): *Freedom Summer*, Oxford University Press, New York.
- (1994): «Cultura y movimientos sociales», en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, E. Laraña y J. Gusfield (eds.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- MCADAM, Doug, MCCARTHY, John y ZALD, Mayer (1995): *Comparative Perspectives on Social Movements*, Cambridge University Press, Cambridge.
- MEAD, George Herbert (1972): *Mind, Self and Society*, University of Chicago Press.
- MELUCCI, Alberto (1989): *Nomads of the Present*, Temple University Press, Philadelphia.
- (1994): «¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?», en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, E. Laraña y J. Gusfield (eds.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- MOYA, Carlos (1970): *Sociólogos y sociología*, Siglo XXI, Madrid.
- MUELLER, Carol (1993): «The Organizational Basis of Conflict and Identity in Contemporary Feminism», a paper presented at the 21st Congress of the International Institute of Sociology, Paris 21-25 June.
- (1994): «Identidades colectivas y redes de conflicto: el origen del movimiento feminista en Estados Unidos», en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, E. Laraña y J. Gusfield (eds.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- PARK, Robert (1939): *An Outline of the Principles of Sociology*, Barnes and Noble, New York.
- (1972): *The Crowd and the Public and Other Essays*, Henry Elsnor (ed.), The University of Chicago Press, Chicago.
- PARK, Robert, y BURGESS, Ernest (1924): «Collective Behavior», en *Introduction to the Science of Sociology*, University of Chicago Press, Chicago; reproducido en *Robert Park On Social Control and Collective Behavior*, editado por Ralph Turner, The University of Chicago Press, Chicago, 1967.
- PARSONS, Talcott (1962): «Youth in the Context of American Society», *Daedalus*, 91.
- PÉREZ-AGOTE, Alfonso (1987): *El nacionalismo vasco a la salida del franquismo*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

- PÉREZ DÍAZ, Víctor (1987): *El retorno de la sociedad civil*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid.
- SMELSER, Neil (1963): *Theory of Collective Behavior*, The Free Press, McMillan, London.
- SNOW, David, y BENFORD, Robert (1988): «Ideology, Frame Resonance and Participant Mobilization», en Bert KLANDERMANS, Hanspeter KRIESI y Sidney TARROW, *From Structure to Action: Comparing Social Movement Research Across Cultures*, International Social Movement Research, vol. 1, JAI Press Inc.
- (1992): «Master Frames and Cycles of Protest», en *The Frontiers in Social Movement Theory*, edited by Aldon Morris and Carol Mueller, Yale University Press, New Haven.
- TARROW, Sidney (1994): *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge University Press, New York.
- TOURAINÉ, Alain (1993): *Crítica a la modernidad*, Temas de Hoy, Madrid.
- (1995): «¿Qué es una sociedad multicultural? Falsos y verdaderos problemas», *Claves de la Razón Práctica*, núm. 56.
- TURNER, Ralph (1967): Introducción a *Robert Park On Social Control and Collective Behavior*, R. Turner (ed.), The University of Chicago Press, Chicago.
- (1969): «The Theme of Contemporary Social Movements», *British Journal of Sociology*, 20.
- (1981): «Collective Behavior and Resource Mobilization as Approaches to Social Movements», *Research on Social Movements Conflict and Change*, 4: 1-24.
- (1988): «Collective Behavior Without Guile. Chicago in the Late 1940s», *Sociological Perspectives*, 31, 3.
- (1994): «Ideología y utopía después del socialismo», en *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, E. Laraña y J. Gusfield (eds.), Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- TURNER, Ralph, y KILLIAN, Lewis (1987): *Collective Behavior*, Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, New Jersey.
- WEBER, Max (1942): *Historia económica general*, FCE, México.
- (1944): *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Mexico. Versión en inglés editada por Talcott Parsons: *The Theory of Social and Economic Organization*, The Free Press, New York, 1964.
- WINKIN, Yves (1991): «Erving Goffman: retrato del sociólogo joven», en GOFFMAN, *Los momentos y sus hombres*, Paidós, Barcelona.

RESUMEN

Una idea central en este trabajo es que en las teorías contemporáneas sobre los movimientos sociales se está produciendo un proceso de convergencia entre supuestos de la tradición interaccionista del comportamiento colectivo y las teorías constructivistas que se desarrollan en Europa y Estados Unidos desde hace diez años. La continuidad entre estos enfoques se considera que es consecuencia de la vigencia que siguen teniendo algunos supuestos formulados por el primero que plantean cuestiones básicas para la sociedad occidental, como el significado social de las formas de participación en la vida pública, la importancia de los movimientos sociales en los procesos de definición colectiva de los problemas sociales y los aspectos de desidentificación individual asociados a la modernización. Otros elementos aquí analizados para explicar la persistencia de esta aproximación clásica en la investigación de los movimientos sociales son el énfasis en su reflexividad y en sus elementos dramaturgicos y su capacidad para revisar algunos supuestos que constituyeron elementos de sesgo hace treinta años, como la contraposición entre comportamiento colectivo y organización social, que subyace a la concepción del primero como «desviado» e irracional.

ABSTRACT

This paper argues that a process of convergence is taking place among three current influential theories on social movements such as the interactionist approach to collective behavior and the social constructionist perspectives arising in Europe and the U.S. during the last decade. Continuities between these classic and contemporary approaches are related to the relevance that still have certain features and topics emphasized by the first, such as the social significance of the forms of participation in public life, the role of social movements play in the collective definition of social problems, and the impact of modernization in identity. Other reasons for the persistence of this approach in current research on social movements is its emphasis on their reflexivity and their dramaturgical components, and this approach flexibility that has allowed a substantial revision of initial assumptions that might have biased in its analysis. Among the former, the opposition between collective behavior and social organization, that underlies the image of the first as «deviant» and irrational.